

Rev. C. Harinck
Lectura: Éxodo 14:21-31

Salterios:

Primer: 53:1,3

Segundo: 289:2,4,5,11,15

Tercer: 211:1-3

Cuarto: 174:2

Último: 113:12

Introducción.

Querida congregación, el Señor Jesús dijo a Nicodemo: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”* (Juan 3:5). Al oírlo, Nicodemo dijo: *“¿Cómo puede ser esto?”* (Juan 3:9). Nicodemo no sabía cómo era posible nacer de agua y del Espíritu. En realidad, pudiera haberlo sabido. ¿No era él maestro en Israel? La historia de su propio pueblo lo enseñaba: Israel nació en y por el agua del Mar Rojo. El pasaje por el Mar Rojo señaló la hora de su nacimiento como nación.

Sin embargo, Jesús dice que cada persona necesita este nacimiento de agua y del Espíritu. Nosotros también debemos pasar por el Mar Rojo si deseamos heredar el Reino de Dios. Es acerca de esto que deseamos hablar en este servicio. Nuestro texto se encuentra en Hebreos 11:29.

Texto: Hebreos 11:29¹

“Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca; e intentándolo los egipcios, se ahogaron.”

Tema: Dos actitudes distintas frente al Mar Rojo²

1. Cómo se debe atravesar el Mar Rojo
2. Cómo se debe ir a la Santa Cena

Primer pensamiento. Cómo se debe atravesar el Mar Rojo.

El apóstol habla en Hebreos 11 acerca de lo que la fe puede realizar. Se han llevado a cabo cosas increíbles por la fe. La fe realiza grandes hechos. Hebreos 11 no habla de fantasías y cuentos de hadas, sino de realidades: hechos, hechos de fe, hechos poderosos. Hechos realizados, no por el poder de la carne, sino por el poder de la fe.

¹ Las citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión *Reina Valera-SBT* de la Sociedad Bíblica Trinitaria.

² Este sermón es para la preparación para la Santa Cena, para ser leído el domingo anterior al sacramento.

Uno de esos hechos de fe fue el paso de Israel por el Mar Rojo. Es acerca de eso que habla el versículo 29: *“Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca”*. Israel pasó directamente por el Mar Rojo.

Israel ha sido librado de Egipto a través de un brazo poderoso y maravilloso. Dios, a través de terribles plagas, había llevado al faraón orgulloso a sus rodillas, pues él había rehusado darle a Israel su libertad. Los egipcios sintieron tanto temor por esas plagas que Dios había enviado sobre ellos, que despidieron a los israelitas con regalos con tal de que salieran de su país. Ellos dijeron: “Si no, estaremos todos muertos muy pronto”. El temor del poder del Señor, el Dios de Israel, había caído sobre ellos. Incluso el orgulloso faraón se había rendido y deseaba que el pueblo de Israel saliera de Egipto lo más pronto posible.

Así es que Israel salió con gozo, maravillándose de los hechos de Dios. Clamaban unos a otros: “¡Estamos yendo a Canaán, la tierra que el Señor prometió a nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob!”.

Sin embargo, después de unos días, parecía que Israel había perdido el camino. Viajaron primero hacia el norte, pero luego tomaron dirección hacia el Mar Rojo. Parecía que el pueblo no sabía el camino y que se había perdido.

Después de unos días, Faraón escucha acerca de la extraña ruta que Israel había tomado. Concluye que ellos no conocen el camino a Canaán. Primero viajaron en la dirección correcta, hacia el mar Mediterráneo. Un camino corría a lo largo del mar hacia Canaán. Luego cambiaron de dirección y viajaron hacia el desierto de Madián. Ahora incluso están viajando hacia el Mar Rojo. Todo parece indicar que Israel está perdido. Si viajan medio día más, terminarán en una trampa. Entonces tendrán el mar a su izquierda y las montañas a su derecha. Estarán atrapados sin esperanza.

Al escucharlo, Faraón deja que el temor de Jehová, el Dios de los hebreos, se aleje de él. Convoca a sus oficiales y consejeros y les dice: “¡Cuán necios hemos sido al dejarnos impresionar por el Dios de los hebreos y permitir que los israelitas salieran de aquí! Eran obreros tan baratos. Edificaron ciudades de almacenaje y pirámides para nosotros. ¡Qué deshonra ha traído su Dios sobre nosotros y nuestros dioses! Pero ahora escucho que están perdidos. Persigámoslos y hagamos de ellos nuestros esclavos de nuevo”.

Faraón junta un ejército de carros de combate y jinetes, que pueden moverse rápidamente, y persigue a Israel. Busca venganza por los dioses de Egipto. Demostrará que los dioses de Egipto son más poderosos que el Dios de los hebreos. Se pone al frente de su guardia de élite y hará que los israelitas sean nuevamente esclavos y siervos en Egipto.

Así sucede que, después de unos días, los israelitas ven el polvo en el horizonte y escuchan el ruido de los caballos y carros en la distancia. Pasa de boca en boca: “¡Faraón viene con un ejército grande! ¡Él viene tras nosotros! ¡Estamos perdidos! Seremos llevados cautivos en esclavitud de nuevo”. Leemos entonces también *“que temieron en gran manera”* (Éxodo 14:10). ¿Qué sucederá con un pueblo con tantas mujeres y niños, con hombres que no sabían lo que era utilizar armas, sino que habían estado siempre en esclavitud? ¿Qué será de Israel frente al poderoso ejército de los egipcios? Pero en medio de ese miedo, Moisés los alienta y dice: *“No temáis; estad firmes y ved la salvación de Jehová que él hará hoy con vosotros, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver jamás. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis callados”* (Éxodo 14:13-14).

El enemigo se acerca cada vez más, e Israel no puede avanzar. El terreno entre el mar y las montañas se vuelve cada vez más estrecho. A su diestra, las montañas se acercan cada vez más, y a su izquierda, el mar. Detrás de ellos está Faraón con su poderoso ejército. Pronto, ya no pueden avanzar más y se encuentran a la orilla del Mar Rojo. Parece un caso desesperado para ellos. Pronto se convertirán en esclavos en Egipto de nuevo.

Pero entonces el Señor manda a Moisés que alce su vara sobre el Mar Rojo. Y el milagro sucede: ¡el mar se divide en dos! Ante los ojos de los israelitas, un camino aparece, un camino que va directamente por el Mar Rojo. Las aguas se levantan como muros a la derecha y a la izquierda del camino. Un sendero de aproximadamente 200 metros de ancho se extiende directamente por el Mar Rojo hasta la orilla segura del otro lado. Es el cumplimiento de la promesa: *“Ved la salvación de Jehová”*.

Moisés desciende por ese camino, e Israel lo sigue. Así, el pueblo pasa entre dos poderosos muros de agua, avanzando por el camino que Dios había abierto para ellos en el Mar Rojo. Caminan por él, confiando en que el Señor mantendrá los amenazantes muros de agua.

Cuando Faraón llega, se asombra por lo que ha ocurrido. ¡Un camino atraviesa el Mar Rojo! Ve cómo el agua se mantiene en pie como muros a ambos lados del camino. A lo lejos, ve a Israel avanzando por él. Pronto alcanzarán la otra orilla. Dice en su corazón: “Si los israelitas se atreven a hacerlo, entonces nosotros también. Si estos esclavos pueden hacerlo, entonces seguramente los egipcios pueden y lo harán también”. Da órdenes de marchar por el camino, persiguiendo a Israel. Aún está decidido a triunfar, a capturar a Israel y llevarlos de vuelta a Egipto como esclavos.

Allí viene Faraón con su poderoso ejército de carros de guerra y caballos, persiguiendo a Israel por el camino del Mar Rojo. Pero, al llegar a la mitad, el Señor los espanta con truenos y granizo. Los caballos se encabritan de terror, y los soldados quedan abrumados por el miedo. La catástrofe empeora: las pesadas ruedas de los carros de hierro se atascan en el lecho marino

blando del Mar Rojo. El ejército cae en confusión: algunos quieren retroceder, mientras que otros desean seguir adelante.

Y entonces, lo peor sucede. Al mandato del Señor, Moisés alza su vara una vez más. Los muros de agua se derrumban, cayendo con fuerza y cubriendo todo el ejército de Faraón. Faraón y todos sus jinetes se ahogan en el Mar Rojo.

Congregación, así la Biblia relata este suceso. No es un cuento de hadas, sino un hecho. Es uno de los hechos de fe del antiguo pueblo de Israel. Dios ha dado a Israel salvación y liberación al ahogar a Faraón y a su ejército.

Pero ahora llegamos a la pregunta: ¿cuál es la causa de que los israelitas hayan cruzado a salvo por el camino del Mar Rojo y que Faraón con su ejército se haya ahogado en el mar? El apóstol Pablo nos da la respuesta: *“Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca; e intentándolo los egipcios, se ahogaron”* (Hebreos 11:29). Esa es, entonces, la respuesta a la pregunta. Nos enseña por qué los israelitas cruzaron a salvo por el Mar Rojo y por qué los egipcios se ahogaron. Israel pasó por el Mar Rojo por fe. Por rendirse, por confiar en Dios, ellos cruzaron. Para los israelitas, era un viaje de fe.

Los egipcios, sin embargo, entraron por el camino como pecadores orgullosos y arrogantes, dependiendo de su propia fuerza. Por fuera, los egipcios y los israelitas hicieron lo mismo, pero Israel confió en el Señor, mientras que los egipcios confiaron en sí mismos. Los israelitas tenían fe; los egipcios tenían presunción. Esa fue la diferencia entre los israelitas y los egipcios.

No era que los israelitas fueran mejores que los egipcios. En eso no debemos buscar la diferencia. Los israelitas también merecían perecer en el Mar Rojo, no solo porque, al igual que los egipcios, eran pecadores, sino también por su murmuración contra Moisés y Aarón. Durante mucho tiempo, habían menospreciado y rechazado a Moisés, el salvador que Dios les había enviado. Incluso el día antes de su paso por el mar, acusaron a Moisés y dijeron: *“¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?”* (Éxodo 14:11).

Sin embargo, a pesar de ello, los israelitas fueron preservados mientras caminaban por el Mar Rojo porque confiaron en la promesa de Dios: *“Estad firmes y ved la salvación de Jehová que él hará hoy con vosotros... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis callados”* (versículo 13-14). Los egipcios, en cambio, confiaban en sí mismos. Fueron impulsados por la osadía y se ahogaron.

Congregación, aquí se nos enseña que solo hay una manera de pasar por el Mar Rojo: por la fe. Del mismo modo, solo hay una manera de participar de la Santa Cena: por la misma fe. Debemos, como pecadores culpables, confiar por la fe en la promesa de Dios de salvación y liberación. Las

Escrituras enseñan que solo aquellos que creen en el Cristo crucificado no perecerán, sino que tendrán vida eterna. Aquel que se apoya en otra base será, como Faraón y sus soldados, ahogado. Y, en cuanto a la Santa Cena, la Escritura dice que tal persona come y bebe juicio para sí. De esto se trata nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. Cómo se debe ir a la Santa Cena.

Los israelitas y los egipcios hicieron lo mismo: ambos cruzaron por el camino que se abrió en el Mar Rojo. Sin embargo, había una gran diferencia. Israel cruzó confiando en Dios y en Sus promesas, mientras que los egipcios lo hicieron confiando en sí mismos. Israel confió en Dios y fue preservado; Egipto confió en sí mismo y pereció.

El camino a través del Mar Rojo era un camino santo, un camino de Dios y no de hombre. Un camino de redención, un camino bendito, pero también un camino peligroso. Se podía cruzar el Mar Rojo de forma segura, pero también se podía perecer en sus aguas. Lo mismo sucede con el camino de la salvación. El evangelio es olor de vida para vida, pero también olor de muerte para muerte. Es un mensaje bendito, pero también un mensaje peligroso. Aquel que se endurece encuentra en el evangelio un olor de muerte para muerte.

Así sucede también con la Cena del Señor. En ella pueden hallar consuelo, alegría y fortaleza, pero también pueden comer y beber juicio para sí mismos. No debemos olvidar que, en la Santa Cena, también andamos por un camino santo. En ella caminamos por el camino del pueblo de Dios. El pan y el vino son símbolos sagrados: es el pan de los hijos, que se parte en la Cena del Señor; es la bebida de los hijos de Dios, que se reparte en la copa de vino. Así como se podía ahogar en el Mar Rojo, también se puede ahogar en la Santa Cena.

Leemos acerca de ello en 1 Corintios 11:29: *“Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí”*. Es cierto que las palabras de Pablo se refieren a un abuso específico en la iglesia de Corinto. Ellos trataron el pan y el vino de la Santa Cena como si fuera una cena ordinaria. Algunos se sentaban ebrios a la Mesa del Señor, mientras que otros peleaban con sus hermanos. Era una terrible falta de entendimiento de lo que la Cena del Señor significa y sella. No se daban cuenta de que se trata del cuerpo y la sangre del Señor.

Sin embargo, esa no es la única manera de participar indignamente de la Cena del Señor. Calvino dice correctamente: “Hay muchas maneras en que uno puede participar de la Santa Cena indignamente.” Por cierto, sentarse casi ebrio a la Mesa es algo terrible. Pero si usted se sienta allí con un corazón insincero, si se sienta allí sin conocer nada de la tristeza por el pecado y la fe en Jesucristo, también come y bebe juicio para sí.

La pregunta es, entonces, ¿cómo usamos nosotros la Santa Cena? ¿En fe o en presunción? Participar de la Santa Cena es, tal como cruzar por el Mar Rojo, un viaje de fe. Al participar, usted confiesa que espera toda su salvación por la fe en Cristo.

¿Cómo llegó Israel a esa fe? La respuesta es: Dios los llevó a ella. Dios guió al pueblo de Israel por un camino en el que no les quedaba otra opción más que creer, es decir, rendirse por completo y encomendarse totalmente al Señor. Ellos podían y se atrevían a cruzar el mar solamente porque creían en la promesa de Dios. No importaba cuán peligroso pareciera el camino, ellos creyeron lo que el Señor había dicho: *“Ved la salvación de Jehová. Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis callados”* (Éxodo 14:13-14).

Estaban completamente rodeados. A la izquierda estaba el mar, a la derecha, las montañas, y detrás de ellos venía el amenazante ejército de Faraón. No quedaba otro camino que poner un pie en el sendero a través del Mar Rojo, rindiéndose a Dios.

Así también hoy, Dios lleva a los pecadores a una verdadera fe. Acerca de Israel, las Escrituras dicen que Dios había llevado a Israel de Egipto con mano fuerte y brazo extendido (Salmo 136:12). Toda persona verdaderamente convertida es sacada del Egipto del mundo con un brazo fuerte. Para ello, es necesario un brazo poderoso. El pecador es, al igual que Israel en Egipto, un prisionero y esclavo del pecado y de Satanás. ¡Hay tantas cosas en las que una persona puede estar atrapada! Leví estaba completamente atrapado en su casa de los impuestos, Nicodemo en su religiosidad autojustificadora y la mujer samaritana en la inmoralidad. Pero Dios los guió fuera, así como sacó a Israel con mano fuerte y brazo extendido. Los sacó de las tinieblas y los llevó a la luz del evangelio. Los llamó con un llamado que venció toda resistencia. Un llamado que superó toda oposición y los hizo un pueblo dispuesto en el día del poder de Dios.

El resultado es que el pecador voluntariamente deja atrás a Egipto y comienza el peregrinaje hacia el Canaán celestial. Con tristeza, se despide de todos los antiguos caminos erróneos, amigos erróneos y prácticas erróneas. La elección surge del corazón: *“pero yo y mi casa serviremos a Jehová”* (Josué 24:15). Hay un nuevo anhelo en el corazón: un anhelo de vivir para Dios. Se da la espalda al pecado y al mundo, y comenzamos a considerar el oprobio de Cristo como una riqueza mayor que todos los tesoros de Egipto.

Israel ha salido con gozo. Leemos en el Salmo 105: *“Y sacó a su pueblo con gozo, con júbilo a sus escogidos”* (Salmo 105:43). Los israelitas dieron gritos de júbilo y se decían unos a otros: *“¡Vamos a Canaán! ¡La tierra que el Señor prometió a nuestros padres!”*. ¡Qué alegría llena nuestros corazones cuando, después de una lucha contra los poderes de Egipto, nos separamos del pecado y tomamos la decisión de servir al Señor! ¡Cuánto puede llenar nuestro corazón entonces el amor por Dios! ¡Cuán llenos pueden estar nuestros pensamientos con el Canaán celestial que

nos espera! Casi podemos ver a la distancia lo que el Señor ha preparado para aquellos que le temen.

Por lo tanto, podemos decir: así como Israel una vez salió de Egipto, así también hoy los pecadores salen del Egipto de este mundo, regocijándose de haber sido librados de la esclavitud del pecado y llenados de una firme resolución de servir a Dios. Se dicen unos a otros: “¡Estamos yendo a Canaán!”.

Pero el Señor guió a Israel hacia el Mar Rojo. Solo unos días después de su éxodo gozoso, se encontraron frente al mar, atrapados y en gran angustia. Faraón y su poderoso ejército estaban detrás de ellos, y el mar, delante. El camino de Dios era muy diferente de lo que ellos esperaban.

Esperamos volvernos cada vez más fuertes en la batalla contra el pecado, crecer en la fe, vencer la incredulidad y, finalmente, entrar al cielo como cristianos santos, asegurados y piadosos. Pero, incluso ahora, la columna de nube nos guía hacia el Mar Rojo, donde nuestro camino termina en un callejón sin salida. Esto es para enseñarnos que nadie es justificado por las obras de la ley y que debemos buscar nuestra salvación fuera de nosotros, en Cristo solamente.

Al principio de nuestra conversión, aún podemos esperar mucho de nosotros mismos. Estamos llenos de buenas intenciones y altas expectativas. Con sinceridad, nos hemos separado de toda maldad y, con tristeza, nos hemos despedido de todo camino errado. El pecador promete al Señor: “Señor, he servido al mundo y al pecado por demasiado tiempo. Ahora deseo servirte a Ti”. El corazón está dispuesto a seguir a Cristo tanto por caminos suaves como ásperos. Estamos dispuestos a sacrificarlo todo para participar de Cristo y decir: “Señor, mientras pueda poseerte, ni la cruz ni la lucha me preocupan”. Como Moisés, estimamos el oprobio de Cristo como una riqueza mayor que los tesoros de Egipto.

¿Pero qué logramos realmente con todas estas buenas intenciones y promesas? ¡Cuán fácilmente puede enfriarse ese primer amor, y con cuánta fuerza puede el mundo atraernos de vuelta! ¡Cuán tercos y pecaminosos siguen siendo nuestros corazones! En la vida diaria, no nos volvemos más santos, sino más impíos. Espiritualmente hablando, nuestro camino parece conducir al Mar Rojo, pues cada noche debemos acusarnos a nosotros mismos de que, una vez más, otro día no ha sido vivido para la gloria de Dios. En nuestra experiencia, las cosas no parecen mejorar, sino empeorar.

Cada vez más, Dios abre nuestros ojos para mirar hacia nuestro interior. Comenzamos a descubrir un mundo de iniquidad en nuestros pensamientos y deseos. Anhelamos ser puros, pero no podemos hacernos puros. Debemos acordar con el profeta Jeremías en que, estando habituados a hacer el mal, no podemos hacer el bien (Jeremías 13:23). Nuestra carga de pecado aumenta cada día, mientras sentimos más profundamente que todo debe ser pagado y que Dios

no puede dejar nuestros pecados impunes. La justicia de Dios nos confronta, declarando que Él exige la plena satisfacción de Su justicia.

Por cierto, nuestro camino parece llevarnos hacia el Mar Rojo. Nos detenemos ante un muro de imposibilidades, sin saber cómo podríamos ser salvos. ¡Cuán temerosos podemos volvernos al considerar que ya no lloramos por el pecado como alguna vez lo hacíamos, que ya no encontramos gozo en el servicio del Señor como antes, cuando lo único que vemos en nuestros corazones son inclinaciones malvadas y deseos pecaminosos!

¡Cuán ferozmente el diablo entonces puede atacarnos, clamando que no hay salvación para nosotros en Dios! Tal como los hijos de Israel, nos sentimos completamente encerrados y ante el Mar Rojo, sin poder avanzar.

Pero el Señor no dejó perecer a Israel. Él abrió un camino para ellos a través de las aguas turbulentas y las poderosas corrientes. De tal manera, el Señor no deja perecer a un pecador en su lucha y angustia.

El Señor no nos lleva a la ruina y a la imposibilidad para destruirnos. Más bien, Él trata con nosotros de esta manera para salvarnos. Es como si Dios tuviera que decir: “No puedo salvarte sin humillarte primero; no puedo sanarte sin herirte primero; y no puedo enriquecerte sin empobrecerte primero”.

El Señor obra en nosotros un autoconocimiento humillante y una desesperanza de toda nuestra propia justicia para que podamos entender el Evangelio, que declara: *“Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:21).

Dios nos revela el camino que Cristo ha hecho a través del Mar Rojo. Jesús ha hecho un camino donde no había ninguno. Él luchó su camino a través del mismo infierno y, a través de la muerte y la angustia, abrió un camino hacia Dios. A través de Su sufrimiento y muerte expiatorios, y por Su resurrección de entre los muertos, Jesús ha hecho el camino hacia Dios como un Dios reconciliado y un Padre amoroso.

La iglesia cristiana primitiva vio en el camino a través del Mar Rojo el camino que Cristo abrió a través de la muerte y resurrección hacia la vida y la paz con Dios. Hablaban de ello en el bautismo y en la Pascua. Lo reconocemos en el Artículo 34 de nuestra Confesión de Fe Belga: *“No es que esto suceda por el agua externa, sino por la aspersion de la preciosa sangre del Hijo de Dios; el cual es nuestro Mar Rojo, a través del cual debemos pasar, a fin de evitar las tiranías de Faraón, que es el diablo, y entrar en la tierra del Canaán espiritual”*.

En Cristo se ha hecho un camino a través del pecado, la muerte y el infierno hacia la vida eterna. A través del Evangelio, el Señor revela al pecador quebrantado este camino, esta bendita vía de redención en la sangre de Cristo. El Espíritu Santo los consuela con la promesa de que aquellos que creen en este Jesús crucificado no perecerán. ¡Cuánto puede esto consolar el corazón de un pecador temeroso! ¡Cuán precioso es este Evangelio para el pecador! Porque toda la esperanza del corazón quebrantado depende de la promesa de la gracia de Dios para todo aquel que cree en Cristo. Desde Génesis 3, un Dios prometedor ha sido la esperanza de los hijos de Dios.

Pero, ¿cómo entraremos en este camino? Eso solo puede realizarse por la fe, en la confianza en la promesa de Dios. Israel tuvo que confiar en que Dios cumpliría Su promesa y que los muros de agua no se derrumbarían. Si describiéramos la fe, podríamos hacer un discurso extenso, y aun así perder la parte más esencial. La esencia de la fe es: confianza. ¿Confianza en qué? En Dios y en Su promesa. Apoyarnos en Dios es apoyarnos en Su promesa—la promesa de que los muros de agua no se derrumbarán, la promesa de que todo aquel que cree en el Jesús crucificado, quien en su angustia lo mira tal como los israelitas mordidos miraron a la serpiente de bronce, no perecerá, sino que tendrá vida eterna. Esperando y confiando en la promesa de Dios, Israel pasó por el Mar Rojo. Porque el Señor había prometido: *“Estad firmes y ved la salvación de Jehová”* (Éxodo 14:13).

Así es como Israel cruzó por el Mar Rojo—en rendición, a través de una encomienda incondicional al Señor. Para llevarlos a este punto, Faraón y su ejército tuvieron un rol que cumplir. Fue el instrumento de Dios para llevar a Israel al punto donde estarían dispuestos a tomar ese camino desconocido. Al final, a Israel no le quedó otra opción. No había otra ruta de escape. Era o caer en las manos de Faraón o confiar en Dios y caminar el camino que el Señor había preparado.

He aquí, congregación, así es como obran juntos el diablo, la ley, todos nuestros enemigos y todo lo que nos acusa y condena para llevarnos a buscar nuestra salvación solo en Cristo. No nos queda nada más que echarnos a los pies de Cristo con todos nuestros pecados y miserias. En nuestra angustia, el Señor nos revela el camino del Evangelio—el camino de salvación, la vía de redención en nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio revela ese camino a nosotros. Nos trae la buena nueva de que, por la Persona, la sangre y la justicia de Cristo, se ha hecho un camino—directo a través de la culpa y maldición, de la muerte y el infierno—hacia la vida eterna. Un camino por el cual Dios es glorificado y el pecador es salvo. En Cristo, Dios puede perdonar la culpa del pecador sin comprometer Su justicia. ¡Cuán glorioso es este camino de redención en Cristo! El perdón de la culpa del pecador ya no está en conflicto con la santidad y justicia de Dios, porque Su justicia ha sido satisfecha en Cristo. El camino ha sido hecho, la culpa ha sido expiada, la maldición ha sido llevada. Ahora la

gracia reina, como dice el apóstol, no a expensas de, sino por la justicia para vida eterna, mediante Jesucristo, Señor nuestro (Romanos 5:21).

El Señor muestra al pecador—quien ve a un faraón infernal detrás de él y un Mar Rojo delante de él—este glorioso camino que se ha hecho en Cristo. En nuestra angustia, escuchamos el evangelio salvador de Dios: que Aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por Dios, para que nosotros llegáramos a ser la justicia de Dios en Él (2 Corintios 5:21). En nuestra conciencia cargada, oímos la voz de Jesús mismo llamando: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28).

Eso suscita la fe. Dios obra la fe en nuestros corazones mediante el evangelio, la fe de que en Cristo hay salvación y liberación. La fe ve, aun en la angustia, ese camino—este camino de redención. La fe ve que es un camino idóneo, un camino no solo para salvar a otros sino para salvarme y preservarme a mí también, el más grande de los pecadores. Y a través de esta fe, el pecador llega a confiar en, reposar en y encomendarse a este camino de salvación.

La fe primero estará de acuerdo con ese camino. Rechazará todos los demás caminos y dirá: *“No nos libraré Asiria; no montaremos sobre caballos, ni nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros”* (Oseas 14:3). Un elemento esencial de la fe es dar su asentimiento de corazón y aprobación a la salvación solamente por la fe en Jesucristo. Uno no querrá ser salvo de otra manera. Con santo asombro y adoración, el pecador acepta el método de Dios para salvar a los pecadores. El pecador está plenamente de acuerdo en ser salvado de la manera en que Dios desea salvar a los hombres.

Entonces ya no nos tropezamos con las bajas condiciones del Evangelio. Somos ganados por él y estamos completamente de acuerdo con él, para ser vestidos por Jesús, estando desnudos en nosotros mismos, para ser justificados como impíos y ser salvos solo por este camino y este Jesús. Esto lleva a una entrega y confianza en Dios y Su promesa. Así seguimos el camino, renunciando a toda otra confianza, confiando solo en la salvación de la que habla el Evangelio. Descansamos en el llamado de Cristo, en que Él por gracia dice: *“Al que a mí viene, no lo echo fuera”* (Juan 6:37). Elicita la confesión: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna”* (Juan 6:68). Este es el lenguaje de fe que se encomienda a Dios y a Cristo.

Tales personas no se ahogan. Porque por donde ellos pasan es el Mar Rojo de la sangre de Emanuel, como nuestra confesión de fe declara: *“la preciosa sangre del Hijo de Dios; el cual es nuestro Mar Rojo, a través del cual debemos pasar, a fin de evitar las tiranías de Faraón, que es el diablo, y entrar en la tierra del Canaán espiritual”*.

Esta sangre habla mejor que la de Abel. No testifica en contra del pecador, sino a favor del pecador. Habla de una deuda pagada, una justicia satisfecha y un Dios reconciliado. La sangre de

Jesús intercede ante Dios por el pecador. En el cielo, Jesús, el sumo sacerdote celestial, habla a Su Padre y dice: “Padre, ¿no estuviste airado conmigo? ¿No he reconciliado y llevado la deuda? Entonces, no te enojas con el pecador que se encomienda a mí”. La sangre de Jesús nos ofrece un paso seguro a través del Mar Rojo, a través de la muerte y la tumba hacia el Canaán celestial.

De esta manera debemos pasar a través del Mar Rojo, y de esta manera debemos también participar de la Cena del Señor. Solo puede ser realizado por fe—una fe que se rinde, como pobre, culpable, impío y en angustia, a la gracia de Dios y a Cristo. Esta fe debe ser ejercitada continuamente. Venir a Cristo no es un evento de una sola vez. La vida de un cristiano consiste en venir continuamente a Cristo. Constantemente contraemos nuevas deudas. El pecado crea repetidamente una separación entre Dios y nuestros corazones. Por lo tanto, siempre debemos huir a la sangre de Jesús para recibir nuevo perdón y nueva limpieza.

Ante la celebración de la Cena del Señor, los hijos de Dios pueden sentir como si estuvieran ante el Mar Rojo. Se sienten indignos de participar de la Cena. ¿Cómo puede alguien como yo, con un corazón tan árido, una vida espiritual tan infructífera, participar en la Cena del Señor? ¿Cómo puedo yo, que olvido al Señor, días sin contar, ahora confesarlo en medio de la congregación? ¿Cómo puedo yo, que después de haber sido purificado por la sangre de Jesús, me he vuelto a contaminar, acercarme ahora a la mesa santa? ¿Cómo puedo yo, que después de ser perdonado he acumulado nuevas deudas, participar en la Santa Cena?

La respuesta es: por la fe. Una vez más entregándose, confiando, soltando todos los demás apoyos. Volviendo a venir como un pecador, refugiándose en el Mar Rojo de la sangre de Jesús. Como la confesión de fe dice: *“a través del cual debemos pasar, a fin de evitar las tiranías de Faraón, que es el diablo, y entrar en la tierra del Canaán espiritual”*. No hay ningún otro camino. No sabemos nada más que Jesucristo y a Él crucificado.

Cantemos primero del Salterio 174:2.

Congregación, el apóstol dice acerca del antiguo Israel: *“Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca; e intentándolo los egipcios, se ahogaron”* (Hebreos 11:29). Nos enseña que la única manera de traspasar el Mar Rojo es: por la fe. Así también, la única manera de conmemorar la Santa Cena y recibir beneficio de ella es por hacerlo por fe. El apóstol escribe en el mismo capítulo: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios”* (versículo 6).

Durante siglos, la gente ha buscado sus propias maneras de agradar a Dios. Caín fue el que comenzó a hacerlo. Él pretendía agradar a Dios por su ofrenda. Los judíos lo buscaban en su auto-justicia. Solo escuchen su clamor en Miqueas 6:6-7: *“¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito*

por mi rebelión, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma?” Así es como el hombre busca agradar a Dios. Roma lo busca en las penitencias, nosotros lo buscamos en la seriedad, las mejoras, las humillaciones, el arrepentimiento y las profundas convicciones.

Todos esos caminos deben llevar a un callejón sin salida. Estando frente al Mar Rojo, con las montañas a los lados y el enemigo detrás, sus lágrimas y humillaciones no les ayudan, ni su seriedad ni el conocimiento de su pecado pueden ayudarles. Solo esa fe, que se encomienda incondicionalmente al Señor, salva en ese momento.

Egipto se ahogó en el Mar Rojo, mientras que Israel pasó salvo a través del mismo. Esto nos confronta con la diferencia entre la fe y la presunción. La fe reposa sobre la promesa de Dios de salvación en Jesucristo; la presunción reposa sobre algo en o de uno mismo. Por lo tanto, es una pregunta importante: ¿sobre qué basa usted su confianza al venir a la Cena del Señor? ¿En algo en usted mismo, o en la gracia de Dios revelada en Cristo?

La presunción cree que tiene el derecho a acercarse a la Santa Cena. Este derecho se basa en cualidades que uno cree que posee. Muchas veces, las personas concluyen: “He estado perturbado por mis pecados; he pasado por días de temor y angustia; desde entonces, he mejorado mi vida y ahora soy alguien muy serio y meticuloso. ¿Por qué no habría de ir a la Santa Cena?” Creen que poseen algo que otros no tienen. Pero con todo esto, son, como el conocido Thomas Boston dijo: “totalmente extraños de Cristo y no ven en Él ninguna forma ni gloria”. ¡Qué engaño del alma!

Pero incluso los pecadores verdaderamente convencidos y arrepentidos pueden buscar en sí mismos la razón para acercarse a la Cena del Señor. Quieren apoyarse en su conversión, en su vida cambiada, en su sincero pesar y en sus sentimientos. Sus suspiros son: “Si fuera más arrepentido, más inclinado al cielo, más humilde y más santo, entonces sí podría participar en la Cena del Señor”. Toda su atención y su esperanza se dirigen a algo en sí mismos. ¿Es de sorprender, entonces, que, cuando vienen a la Santa Cena, no reciban nada más que pan y vino y carezcan del consuelo del cuerpo quebrantado de Cristo y de Su sangre derramada?

La fe, en cambio, no tiene nada en sí misma ni de sí misma en lo que pueda apoyarse. Solo se enfoca en el camino trazado por Dios en Cristo y dice: “*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes las palabras de vida eterna*” (Juan 6:68). Pero, ¿acaso no se necesita el conocimiento del pecado y el arrepentimiento para participar en la Cena del Señor? ¿No es acaso la fe arrepentida? ¡Por supuesto! La fe y el arrepentimiento son incluso gemelos. No se pueden separar, porque si se separan, matan a ambos. ¿No conoce entonces la fe la convicción de pecado? Claro que sí, porque sin la convicción del pecado no buscamos salvación ni redención. Pero nuestra libertad para acercarnos a la Cena del Señor no la obtenemos de nuestro conocimiento del pecado, ni de nuestra convicción, ni de nuestro arrepentimiento, sino de la promesa de Dios y la invitación de

Cristo. El fundamento de nuestra venida es la promesa de Dios, que llama: *“Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida”* (Apocalipsis 22:17). El fundamento es la invitación de Cristo: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28).

Miren, así la fe encuentra su libertad para venir, fuera de sí misma. La fe viene en respuesta a la voz que llama del Salvador. El verdadero participante de la Santa Cena puede decir: *“Señor, he escuchado Tu voz. En mi angustia te escuché llamando, y por eso he venido”*. No venimos a la Cena del Señor para recibir un sello sobre nuestro arrepentimiento y fe, sino para conmemorar el amor de Cristo, quien quebrantó Su cuerpo y derramó Su sangre en expiación por nuestros pecados. El ojo debe ser puesto en Jesús, en Su sangre, que es nuestro Mar Rojo, nuestro camino a través del pecado y la muerte, hacia la vida eterna.

“Por la fe pasaron el mar Rojo como por tierra seca; e intentándolo los egipcios, se ahogaron”. En el Mar Rojo se hizo la separación. Una separación completa surgió entre Israel y Egipto. Marcó el final del conflicto entre Israel y Egipto. Y, aunque no todos los de Israel verdaderamente pertenecían a Israel, sin embargo, el apóstol nos presenta el pasaje de Israel por el Mar Rojo y la destrucción de Faraón y los suyos como una piedra de toque. El Mar Rojo de la sangre de Jesús trae separación. Así también ocurre una separación en la Cena del Señor: es decir, una separación entre aquellos que vienen en fe y los que vienen en presunción.

Congregación, Cristo está a la puerta y Él toca y llama. Él promete: *“Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”* (Apocalipsis 3:20). ¿Ya ha abierto la puerta para Él? ¿O dice usted: *“Estoy esperando para que Él la abra”*? ¿Por cuánto tiempo ya ha estado esperando? ¿Y piensa usted que la muerte también esperará?

“Pero no puedo abrir la puerta y no me puedo convertir ni creer”. Ahora, precisamente eso debe convertirse en su necesidad. Una verdadera, sentida, experimentada necesidad. Entonces, deje que Dios vea sus manos atadas y dígame: *“Oh Dios, debo convertirme, pero no lo puedo hacer. No puedo librarme del pecado. Debo creer, Señor, y no puedo. No puedo encomendarme incondicionalmente a Ti”*. Deje que esto le lleve a la verdadera necesidad, y entonces verá lo que Dios hace.

Pueblo del Señor, ya lo he dicho: venir a la Santa Cena a veces es como si estuviéramos frente al Mar Rojo. En realidad, es bastante triste que lo veamos de esta manera. Pero, lamentablemente, a menudo es así, porque vivimos tan lejos del Señor. Porque hay tanto que hace división entre Dios y nosotros. Y entonces, de repente, debe ser la Santa Cena de nuevo. ¿Cómo debe ser entonces? Sí, ¿cómo debe ser? *Por la fe pasaron el mar Rojo*. Una vez más debe lanzarse ante los pies de Cristo como un culpable, un impuro, un maldito pecador. Solo de esta manera podemos cruzar el Mar Rojo de la sangre de Jesús. Amén.